

EL ORFEO CATALA. :: RUBINSTEIN. :: OR-  
QUESTA SINFONICA: CUARTO CONCIERTO.  
CONCHITA RODRIGUEZ. :: GASPAR  
CASSADO

Es necesario que esta sección se vea hoy iniciada por un elogio a la institución más querida de Cataluña: el Orfeo Catalá. Aquí hablamos de música, exclusivamente de música. Todo lo que hubo, fuera de ella, en nuestro viaje de intelectuales a Barcelona, pertenece a otros sectores, a otras actividades y a otros significados que rebasan los límites de esta sección de música, tan modesta y tan poco profesional.

Uno de los actos más impresionantes con que nos obsequiaron los intelectuales catalanes fué el concierto del Orfeo Catalá en el Palacio Nacional de la Exposición. Era el segundo concierto público. El segundo concierto de una entidad que nació en el año 1891. El historial del Orfeo Catalá es magnífico: está lleno de éxitos y de heroicidades perseverantes. Pero faltaba en él la victoria de un fracaso, la vida de una muerte.

Faltaba la crucifixión. Y la crucifixión se hizo por los Poderes intolerantes. El Orfeo

ha estado varios años de persecución, inactivo—públicamente inactivo.—Y ahora, como todo lo que no se puede matar, porque es divino, ha resucitado no sólo con su antigua vida—ya bastante poderosa—sino con una nueva vida potenciada, exaltada; con la nueva vida que se logra bajo la muerte, cuando se sucumbe, en apariencia, por mandato, por imposición. He aquí por qué este segundo concierto—segundo concierto después de la resurrección—tenía la emoción religiosa de ver, de sentir la inmortalidad del espíritu muerto. Miles de gentes—y toda Cataluña, si hubiese cabido—se reunieron en el Palacio Nacional a saludar jubilosamente a la *senyera*—barroca, por cierto, como todo Barcelona—que volvía a presidir, no sólo el arte del Orfeón, sino los anhelos vitales de Cataluña.

Ante aquel espectáculo verdaderamente grandioso, una voz nos dijo al oído: "Amigo, no todo lo que hay aquí es música". Y por si esto significaba una resta para la música, tuvimos que contestar: "Todo es música. Ahora bien, después de ese todo, hay algo más".

El Orfeo Catalá es la obra—ya madura—de una serie de esfuerzos y de factores particularísimos. Unos de ellos, individuales; otros, psicológicos, colectivos; otros, de arte. Los antecedentes de su constitución hay que buscarlos en pleno siglo anterior, en la fecunda selva romántica.

Hay un músico en Cataluña que resume las heroicidades de este período—universalista y nacionalista—lleno de generosidad, de esfuerzo, de idealización, de sacrificio. Este músico es Anselmo Clavé. Hoy, que en cada ciudad de España existen unos coros en pleno éxito, tal vez sería la hora de que estas organizaciones artísticas dedicasen un homenaje a Clavé, uno de los hom-

bres del siglo pasado cuyas quimeras han sido más fecundas.

El nacimiento del Orfeo Catalá coincide con el renacimiento espiritual de Cataluña. Este espíritu y aquella obra siguen su ascensión paralela, consecuyente. El Orfeo empieza con treinta coralistas. Hoy, acaso tenga trescientos. El Orfeo empieza su vida en una pequeña casa de la calle de Lladó. Hoy, en cambio, se alberga en un Palacio—barroco también—que es, con palabras del siglo pasado, el templo de la música catalana. El Orfeo empieza con un auditorio reducido, pequeño, de trabajadores fervorosos, de gentes humildes del pueblo. Hoy, la otra tarde, el concierto tuvo un auditorio de treinta mil personas. He aquí unas comparaciones, decisivas, evidentes, rotundas, que justifican la lamentación de Cataluña cuando el espíritu contrario e intransigente no reconoce su renacimiento ni su derecho a él.

Treinta y nueve años de acción ya son bastantes para que el Orfeo Catalá sea una de las mejores agrupaciones coralistas de España. Todas sus perfecciones han podido lograrse, principalmente, por la unidad direc-

tora. El maestro Millet lo dirige desde su fundación. Es fácil imaginarse la importancia

que tiene en agrupaciones de esta índole, el director preciso y continuo que va modelando con firmeza, día a día, esfuerzo a esfuerzo, el conjunto vocal. El maestro Millet ha consagrado toda su vida a esta labor; ella justifica su gloria y la veneración que Cataluña siente por él. Por otra parte, los coralistas cantan no sólo con disciplina—con pauta directora—sino con sentimiento con emoción, con espíritu, con solidaridad de raza. Ellos son gentes del pueblo y por lo mismo sienten con fuerza, directamente, las canciones del pueblo. Este fondo nacional, sentimental, es el que hace posible en el Orfeo Catalá, una de sus mejores cualidades: el sentido poético, religioso, humano, de sus interpretaciones.

El canto popular tiene en este Orfeón un eco hondo, una ondulación sentida, percibida, que sobrepasa los límites puramente formales de la música. Cataluña sabe cantar. Esto quiere decir que sabe sentirse, percibirse; en último término, valorizarse. ¿Quién sabe si las desventuras de Castilla no tienen su origen en la falta de musicalidad, es decir, en la falta de colectividad! "¡La vida es fuerza—dice el maestro Millet;—la fuerza necesita expresión, y la más bella expresión de la vida, es el canto. Y como la fuerza de una raza es colectiva, colectivo ha de ser el canto, expresión de aquella fuerza".

Pero el Orfeo Catalá no sólo cultiva la música popular. Gran parte de su repertorio—abundantísimo—está formado por la música religiosa: oratorios, cantatas, misas. De la manera magistral de interpretarla, pudo comprobarse en el concierto del Palacio Nacional cantando el Credo de la misa "Papa Marcelo", de Palestina, que cerraba el programa.

Acabamos aquí los elogios a esta institución musical, orgullo de Cataluña. El Orfeo Catalá vendrá pronto a

página para melómanos



Madrid, prosiguiendo el intercambio de cordialidad castellano-catalana. Entonces será la ocasión de proseguirlos.

□

El pianista Rubinstein ha pasado rápidamente por Madrid, como un año pasado, como otro año pasado, acaso como el año que viene, como el otro... Nada produce tanta tristeza como el virtuoso-tipo. Repetir siempre un mismo *clisé* es algo verdaderamente desconsolador. La misma ciudad, el mismo público, el mismo amaneramiento, la misma música... Y esto, un año, otro, siempre, durante toda la vida.

¿Pero es posible que haya gentes, admiradores incondicionales, admiradores rervorosos, que acudan ese año, y el otro, y el otro, a escuchar el mismo *clisé*? Nada hay tan falto de interés, tan muerto, tan inútil como el virtuoso-tipo, es decir, virtuoso demasiado cerrado, demasiado estrecho. Si se quita al arte ese aspecto humano, dramático, azaroso; si se quita ese aspecto vital, no queda sino unas fórmulas frías, unos juegos aburridos, una repetición cansada, mecánica, de un *clisé* que se ha hecho viejo a los dos días de ser usado.

¿Qué podríamos decir de Rubinstein que no lo hayamos dicho el año pasado, el anterior, el otro? La crítica no tiene nada que hacer en estos conciertos, por lo demás llenos de señoritas cursis, molestas. Entran en el dominio de la gacetilla, de la información, posiblemente de los ecos de sociedad, que son en todas partes, el vertedero de las vanidades fatuas.

Hubo un tiempo en que creíamos en Rubinstein. Creíamos que sabría aprovecharse de la lisonja de su público y colocarse por encima de él, halagándole y buscándole al mismo tiempo, que es lo que hace el verdadero artista cuando logra tener un público sumiso, incondicional y fácil.

Pero vamos comprobando, con decepción, que Rubinstein no se supera, sino que, al contrario, cada vez se estereotipa más, se entrega más al público, se somete a él, se rebaja hasta él. Ciertamente esto es fácil, sobre todo para un pianista como Rubinstein que ha conseguido en éxito todo lo que se puede desear. Pero por ese camino de la indolencia, un virtuoso no consigue nada más que vivir bien. Esto puede ser suficiente, pero no tiene nada que ver con el arte.

□

La Orquesta Sinfónica ha dado en su cuarto concierto dos novedades: la *Quinta Sinfonía*, de Miaskowsky, y unas *Piezas infantiles*, de Joaquín Rodrigo. Yo no sé si a los soviets les interesa la música, aunque presumo que no. Pero en caso de interesarles no creo que sea la música de Miaskowsky—profesor en el Conservatorio de Moscú—la que mejor expresa musicalmente la epopeya rusa. Las partes más huecas y falsas de esta *Quinta Sinfonía* pertenecen al europeísmo romántico, con más de sus defectos que de sus virtudes. Otras partes, más gratas, pertenecen a un eslavismo de materias primarias que, aunque agradable de oír, no tiene ni siquiera un interés popular.

Joaquín Rodrigo es un músico joven, apartado de Madrid, ciego, y del cual se hacen muy buenos augu-

rios. Está preparado, está orientado, tiene indiscutible talento, pero todavía no ha dado ninguna obra que sobrefuera el límite demasiado problemático de los augurios. Estas mismas *Piezas infantiles*, que están bien y son discretas, no acusan aún una personalidad, acaso porque el marco reducido de los temas infantiles sea demasiado estrecho o porque aún—y esto es lo más probable—el músico necesite formársela.

□

Conchita Rodríguez es una preciosa niña que toca el piano muy bien. Tiene su maestro. Estudia. Da conciertos públicos. Se habla de ella. Es el caso de siempre: el niño prodigio. Hemos convenido todos en decir que los niños prodigios se malogran. A veces es cierto, a veces no. Es decir, que es muy posible que Conchita Rodríguez sea una concertista famosa a pesar de las reservas que los críticos tienen contra los artistas precoces.

Pero es indudable que el lugar más apropiado para un niño es la escuela, aunque sepa mucho. Con los niños no se puede jugar a cosas serias. Aparte de que den lástima, es peligroso: se quiebran con facilidad.

Conchita Rodríguez es una maravilla; pero estamos en un momento antirromántico, y apenas nos maravillamos ya de las maravillas. Pero es lástima que las buenas disposiciones, que la intuición indudable de esta muchacha se malogren fútilmente. Hemos visto en uno de los programas de sus conciertos: "Conchita Rodríguez", "la poetisa del piano". Esta frase tan cursi, tan imposible, tan mal aplicada a una niña de diez años es algo lastimoso, que indica una mala orientación. (Además, señores, ya ni las verdaderas poetisas quieren llamarse con esta palabra tan fea: poetisas).

Sin embargo, a pesar de todo, Conchita Rodríguez es una niña que toca muy bien, y es justo que se tengan esperanzas sobre ella.

□

Gaspar Cassadó, discípulo de Casals—y discípulo de quien puede casi asegurarse que no superará al maestro,—se ha presentado a los socios de la Asociación de Cultura Musical. Lo más importante del programa fué su *Sonata en "la" menor*. Se ve que es una obra de violoncelista, no de compositor, hecha con retazos de España, como un inuestrario preparado para la Exposición de Colonia, de París o de Venecia.

Cassadó tocó todo el programa con esmero, aunque no sé si por causa del teatro—Calderón—o por él mismo, el violoncelo tenía un sonido agrio y desagradable, menos perceptible en la *Sonata en "sol"*, de Bréval, que Cassadó dió con gran acierto.

César M. ARCONADA.

**"ELITE"**

DISPONE DE UN MAGNIFICO TALLER PARA LO QUE UD.  
NECESITE EN TRABAJOS TIPOGRAFICOS.